

amplía el marco de la novela autóctona sin el exagerado localismo de ciertos discípulos de Mariano Latorre.

Como signo de naturalismo percibimos en Lillo el determinismo que mueve a sus creaciones, la lógica implacable que el medio económico y social hace caer sobre la humildad o indefensión de empleados, obreros o sirvientes domésticos e inquilinas. Cae Rosa seducida por don Luis, cae la Rucia Rajadiblos ante la agresión bestial de don Florindo, termina trágicamente Ester en *La vida humilde* y es vencido por el dinero y el arribismo de Duarte el pobre Orrego, amante de Marta, la protagonista de *El primo de las Ortúzar*. En estas vidas, hay como un superior impulso trágico que las abrumba y las oprime. El escritor ha sido fiel a su temperamento y a la visión hosca de la existencia en que rige la ley del más fuerte. Pero su sentido de la humanidad y el dolor, la crítica que envuelve la mala estructura social, dejan a Lillo muy lejos de los conformistas y de los que escriben con lentes de optimismo.

La incorporación de Lillo al cuento chileno hace concebir las mejores esperanzas de su poderoso realismo y de su honradez descriptiva. Es de los escritores que emocionan y que deleitan.



BALDOMERA, Novela, por *Alfredo Pareja Diez-Canseco*.—(Ediciones Ercilla, 1938).

Dentro del panorama novelesco hispanoamericano, como ya lo hemos observado en estas y otras columnas, la novela actual del Ecuador y, sobre todo, la novela de Guayaquil y del Guayas, revienta, como una explosión de vida y de instintos, y deja muy atrás el medio idílico en que nació la literatura narrativa de ese país. Entre estos escritores, Alfredo Pareja Diez-Canseco, autor de *Río arriba*, *El muelle* y *La Beldaca*, exalta una rotunda personalidad que ha conquistado fácilmente la celebridad y el éxito.

Entre los novelistas ecuatorianos es el más compacto y anatómico. En otras palabras, es el más vertebrado y consciente de su instrumento creador. No tiene la frase desarticulada, la gesticulación barroca, el desaliño excesivo de otros. Busca sus personajes entre los cholos y mestizos del río Guayas y sabe obtener, en su interpretación, efectos de interés y de animación que compensan los ribetes escatológicos y lúgubres de sus novelas.

Toda esta novela es de rompe y rasga, con hombres desaforados y grandes hembras de pasión. Es lo que llamó alguien *el trópico mestizo*, urdimbre de luchas sociales y políticas, de miserias indescriptibles, de audacias y de actitudes desenfrenadas.

En *Baldomera*, Pareja Diez-Canseco sigue la trayectoria de *El muelle*, con menos técnica, pero dando un color y una salpimentación especial a sus páginas cargadas y turbias. Dice en el subtítulo que ha escrito «la tragedia del cholo sudamericano». Y eso surge de este análisis de una familia pechadora y voraz que gira en torno a una figura machuna, a pesar de su nombre femenino, la recia y bronca Baldomera.

No es una novela que se suelte. Coge y pasamos en ella por todos los obstáculos y por encima de un relato superpuesto: el de las barraganías y latrocinios de Lamparita, ladrón de animales primero y ratero fino más tarde.

Baldomera es una chola descomunal, de físico y de empresas, que más parecen para varones. Estimula a sus hijos y a sus hermanos de raza y de oprobio.

Busca medios de vida legalmente y cuando no puede hacerlo salta las vallas de la legalidad sin sentir claramente las fronteras de lo propio y de lo ajeno. Procede como hombre. Dirige, conduce, resuelve e inventa con ese talento fértil en recursos de la gente de color que vive aplastada y zarandeada por todo linaje de adversidades económicas y atropellada por los blancos.

Baldomera capta nuestra atención desde la primera página y acaba por hacerse simpática por encima de los escrúpulos morales. Es una real chola, que en la guerra y en la paz de los suyos, afronta los acontecimientos y sabe inyectar fe a sus hermanos de clase.

Pareja Diez-Canseco no se detiene en puntillosidades para describir el medio guayaquileño o el campo en que irrumpen desaforado Lamparita. Sus cholos son sucios, pero más que sórdidos dan la sensación de que son gentes de garra y de empuje. Se asimilan con rapidez a la vida de los blancos y cuando son arribistas, como Inocente, hijo de Baldomera, halagan a sus amos y escalan de cualquier modo las situaciones sociales o económicas.

En esta novela surge con claridad el medio económico difícilísimo en que actúan sus personajes que son, en cierto modo, esclavos de una realidad estranguladora y voraz. El blanco odia al cholo y el cholo se defiende, como puede, de sus amos y dominadores. Por esto los personajes de Pareja son hombres de presa, ricos en recursos, sensuales, que viven al día, manirroto y descontrolados en sus primitivas pasiones.

En nuestro clima mesurado y en nuestro ambiente más disciplinado, aparecen como inverosímiles algunas de estas escenas; pero debemos considerar que la moral mestiza, imperante en el trópico, está muy distante de todos los convencionalismos.

Observó Luis Alberto Sánchez, al escribir sobre la novela ecuatoriana, que la del Guayas abunda en estupros y violencias. *Baldomera* confirma esta aseveración y desencadena, en su curso, las más tremendas escenas de lujurias y de borrachera, de rapacidad y de promiscua e instintiva existencia.

También aparece lo social, en una huelga a la que adhiere Baldomera, arengando a los cholos y estimulando a los cobardes y a los vacilantes.

Pero, con todo, su bravía figura, se impone. Es la recia

hembra, en cuyo torno todos los demás personajes surgen amirados, hasta el aquilino y sufrido Lamparita, cuatrero y ladrón, amancebado primero con la negra y su marido legítimo más tarde.

Todas las novelas que nos llegan del Ecuador abundan en pinturas violentas de su realidad social. Indican que los nuevos escritores han preferido asaltar a la realidad y penetrarla en su dramático escenario de indios y de cholos, de mulatos y de mestizos. Pero esta realidad es sucia y sombría, lúgubre y procaz. Denota un medio corrompido por la política y un pueblo que busca expresión a través de sus novelistas y de sus escritores.

*Baldomera* es, en cierto modo, un símbolo de la familia chola que, sin destino claro, busca el suyo de cualquier modo, por las cabales o por la violencia. Y así constituye un documento social de primer orden que no indica, como pueden creer algunos, una simple deformación de la realidad por obra de un temperamento crítico y cáustico como el de Pareja Diez-Canseco.

En esta novela hay tres escenarios: el de Guayaquil, el de la montaña donde Lamparita ejercita sus condiciones de saltador, y el del río Guayas que ya había descrito magistralmente su autor. Todas las vidas aquí pintadas: la de Lamparita, la de Inocente, la de Celia María, la de Polibio, la de los patrones de Inocente, son secundarias ante la de Baldomera.

Su prestancia tragicómica, su desinterés profundo, su espíritu de sacrificio, la elevan por sobre sus instintos repugnantes y sobre su violencia genésica. Es, como ya lo expresamos, el símbolo de la chola madre con sus defectos y sus cualidades. Esta novela, como otras del Ecuador, aparece cargada de humanidad y de sentimiento. En ella no hay sensiblería ni predicación social. Hay acción y movimiento, hay dinamismo y un naturalismo que no se detiene ante nada.

La naturaleza violenta y coloreada del Guayas, la vida intensa del puerto, los escenarios de la sensualidad chola, es-

tán vistos a través del temperamento profundo y original de Pareja Diez-Canseco. Es el más implacable y el menos fetichista de sus escritores. No tiene ni el fetichismo del detalle excesivo ni el fetichismo patrioterico de ocultar las lacras nacionales.

Ojalá que los escritores logren lo que no han conseguido los políticos del Ecuador: rectificar los errores sociales que han acumulado tanta miseria y tanta violencia. Porque, en último término, tan vigorosa novela está desmostrando, como las de Icaza, de la Cuadra, Aguilera Malta y Gil Gilbert, que los problemas económicos y de toda índole son enormes en la nación de Montalvo y de Alfaro.

La realidad chola no huele a ámbar. Es un conjunto de instintos y de promiscuidades terribles. Pero, como compensación y como elemento psicológico notable, debemos advertir que estos mestizos no son pesimistas y afrontan la vida con un denuedo formidable. Lo que significa muy a las claras que en el Ecuador hay enormes fuerzas dormidas y que el cholo, disciplinado y regenerado, puesto al servicio de la producción y del trabajo, educado y dignificado, puede ser un magnífico sustento de su porvenir.

*Baldomera* sugiere estas y otras observaciones. Y ello no es poco en una novela que hierve de vida y que confirma el prestigio de su aventajado autor.—RICARDO A. LATCHAM.



LA CIUDADELA, por el Dr. A. J. Cronin.

Es un libro de tema médico, este del Dr. Cronin. «La Ciudadela» es la conciencia. Su fin: la rectitud profesional.

Un joven médico, Andrés Manson, llega a Blaenelly, pequeño villorrio minero sumido en la tristeza de los valles del Sur. Acaba de recibirse y la vida se le presenta envuelta en